

LA PEDAGOGÍA SISTÉMICA: UNA ESPERANZA EN TIEMPOS DIFÍCILES... TAMBIÉN PARA LA ESCUELA

Hace ya un tiempo que los alumnos están mostrándonos en la escuela lo que hay en la sociedad: una crisis generalizada que también afecta a las instituciones educativas.

Lo conocido, lo preestablecido, lo tradicional, lo que nos daba seguridad, se rompe frecuentemente y cambia a un ritmo tan vertiginoso que resulta difícil de asimilar. En esta “modernidad líquida“, según el sociólogo Zygmunt Bauman, donde impera la discontinuidad y el olvido, donde los vínculos son frágiles y la sobrecarga de información nos desconcierta, mantener la disciplina, el interés, el equilibrio y una cierta coherencia cuando nos vemos abocados a tomar constantes decisiones, deprisa y sin poder dedicar el tiempo necesario a la reflexión, nos puede hacer sentir abrumados e incapaces de dar respuesta a las nuevas y crecientes demandas que se nos hacen como docentes.

Por otra parte, aferrarse a planteamientos y soluciones que tuvieron sentido en la escuela del siglo XX, ignorando la realidad actual, puede que nos haga sentir más tranquilos porque intentamos solventar los problemas existentes, pero no deberíamos olvidar que se trata de contextos diferentes: los alumnos, sus familias y las circunstancias que nos rodean han ido cambiando... y nosotros también.

A principios del siglo XXI, nos movemos en una sociedad en la que diariamente se convive con:

- El individualismo
- Lo superficial
- El enfrentamiento
- El olvido
- El exceso
- La indiferencia
- La incomunicación
- La pasividad
- La desconsideración
- El miedo

Todo ello influye en nuestro quehacer cotidiano, en mayor o menor medida, siendo la causa de que no podamos disfrutar de la vida plenamente.

Las consecuencias las vemos con frecuencia a nuestro alrededor y las padecemos nosotros mismos en forma de insatisfacción, incertidumbre, crispación, agresividad, competitividad, ansiedad, xenofobia, depresión...

Pero esto, que para los adultos es difícil de llevar, es también lo que están viviendo los más pequeños y para ellos resulta una carga enorme cuando los mayores, que deberíamos sostenerles durante las distintas etapas de su desarrollo, no estamos disponibles para ellos, enredados en nuestros propios problemas.

Es indudable que el mundo es cada vez más complejo y que las instituciones escolares también lo son, pero es la realidad que tenemos y, en vez de lamentarnos y añorar otros tiempos, debemos aprender a movernos en esa complejidad y buscar soluciones novedosas a los nuevos retos que se nos plantean como docentes. Por supuesto no es una tarea sencilla ya que con frecuencia se delega en el profesorado la resolución de situaciones difíciles, que no se han originado en la escuela, cuando ésta sólo es el escaparate donde se muestran todas aquellas cuestiones que no están resueltas a nivel personal por el alumnado, pero también por las familias y los maestros.

Día a día se constata el hecho de que chicos y chicas expresan cada vez más dificultades, que no difieren mucho de las que sufrimos los adultos, y palabras como hiperactividad, síndrome de atención dispersa, anorexia, fracaso escolar, acoso, agresividad... son utilizadas con frecuencia, sin que nos sirvan de mucho para hallar remedio si no miramos la causa de los problemas que enmascaran. Echarnos la culpa unos a otros no es la solución y sólo puede servir para empeorar la situación que atraviesan.

Tampoco la respuesta a la crisis que sufre la escuela debería ser aumentar el número de días lectivos, el de horas de la jornada escolar o de determinadas materias. Esto no va a servir y quizá agrave el problema porque su planteamiento probablemente responda a otros intereses, que no tienen nada que ver con el desarrollo equilibrado de nuestros niños y jóvenes. ¿Qué sentido tiene incrementar el tiempo de lo que se nos está diciendo que no funciona? Sería, como dijo Watzlawick, “más de lo mismo” cuando lo razonable quizá fuese pensar en otras posibilidades más acordes con la problemática actual y los tiempos que corren.

No es casualidad que, como una forma de dar sentido a esta complejidad y contribuir a restablecer el equilibrio perdido, Angélica Olvera nos hiciese, desde México, el regalo de crear esta nueva manera de enfocar la educación con una actitud positiva, que no se queda anclada en el problema y se encamina a la solución.

La Pedagogía Sistémica es una fusión entre lo psicológico, lo pedagógico, lo sociológico, lo cultural, lo histórico... que genera profundos cambios en el educador y nos lleva a modificar nuestra actitud al reeducar nuestra mirada prescindiendo de lo que nos limita y condiciona. Si algo caracteriza este movimiento es su visión integradora y conciliadora, tanto de las distintas corrientes del pensamiento que lo sustentan (teorías de sistemas, de la complejidad, de la comunicación humana, terapia familiar sistémica...), como de las diferentes personas y sistemas pertenecientes a la comunidad educativa. Precisamente esto hace que no se trate de un movimiento de renovación sino de reordenación pedagógica que no excluye, sino que contempla y da su lugar con respeto, a las anteriores aportaciones que en el campo de la educación se han hecho.

No obstante lo que le imprime un sello especial y ciertamente sorprendente, es la inclusión del trabajo de Bert Hellinger sobre las Constelaciones Familiares como forma de reducir el desorden de los sistemas, con la intención de que sean más funcionales y operativos al restablecerse el equilibrio y encontrar cada persona su lugar. A partir de unas leyes que él observó que regulan todos los grupos humanos, que funcionamos de forma similar a un ecosistema, creó un trabajo que permite observar su cumplimiento o trasgresión y los efectos que estos hechos tienen en los miembros de ese sistema. De este modo el origen de los conflictos derivados de un posible desorden se pone de manifiesto y nos muestra el camino a seguir.

¿Qué aporta la Pedagogía Sistémica a la educación?

Una **mirada inclusiva**, evitando la dualidad en la que nos desgastamos inútilmente.

Incluir quiere decir tener en cuenta a todas las personas y los elementos que intervienen en el hecho educativo, comenzando por las familias, que son las principales educadoras de sus hijos (nosotros estamos de paso en su vida) y siguiendo por nuestros compañeros, porque cada maestro o maestra que han tenido o tendrán nuestros alumnos les va a aportar algo distinto y complementario (ni mejor, ni peor) a lo que nosotros les estamos aportando.

En esta película no hay buenos ni malos; familias y docentes intentamos hacerlo lo mejor que podemos. Por eso el éxito del alumno nos satisface a todos y su fracaso nos duele, haciéndonos dudar, a unos y a otros, de nuestras capacidades.

¿Y qué ocurre con los distintos enfoques metodológicos? ¿Existe uno perfecto? Si fuera así todos lo utilizaríamos y funcionaría con cualquiera, pero en la realidad esto no sucede porque los mecanismos que cada persona utiliza para construir el conocimiento son diferentes. Estemos pues abiertos a otras maneras de hacer, contemplando la posibilidad de incluir distintas estrategias, que a otros les han sido de utilidad, en vez de desecharlas a priori porque no se parecen a las que nosotros hemos elegido, limitando nuestras posibilidades y las de los chicos y chicas que tenemos a nuestro cargo.

Desde esta perspectiva pedagógica todo tiene su lugar y posicionamientos que podrían parecer antagónicos se complementan. Así el orden, el raciocinio, la reflexión, la objetividad...pueden coexistir armónicamente con el desorden, la intuición, la creatividad, la espontaneidad, la imaginación...cubriendo cada uno un espacio a desarrollar que enriquecerá al individuo.

La **confianza en que las cosas fluirán** independientemente de lo que nosotros hagamos.

A los docentes nos parece que debemos controlar todo para que se dé el aprendizaje y nos sorprenderíamos si supiéramos lo poco que controlamos. Creemos que todo depende de lo que nosotros planifiquemos y, en general, confiamos poco en las capacidades del alumno. De esta forma le hacemos recorrer un itinerario preestablecido, pero dejamos muchos senderos sin explorar, le negamos la creatividad, la capacidad de iniciativa, la emoción del descubrimiento, la posibilidad de equivocarse y rectificar...

Esto que puede parecer un reproche, no lo es; se trata simplemente de describir los hechos. Estamos reproduciendo, con la mejor intención, el modo en que nos han educado y es normal que abandonar lo conocido, lo establecido, nos provoque incertidumbre y nos haga tener mala conciencia.

Un currículo exhaustivo y fragmentado tampoco nos ayuda a cambiar porque nos ofrece una visión del ser humano en la que perdemos de vista la globalidad y lo mismo ocurre con las programaciones excesivamente cerradas. Corremos el riesgo de centrarnos en el "hacer" y olvidar el "ser", de ver sus producciones como alumnos, pero no mirarles a ellos como personas que tienen, como todos tenemos, sus alegrías, sus penas, sus preocupaciones, sus temores, sus inquietudes, sus deseos...cuando aquí se encuentra casi siempre la clave de su éxito o fracaso en la escuela.

Después de muchos años de ocuparnos de cómo enseñamos nosotros, deberíamos hacerlo en cómo aprenden ellos y dejar espacios abiertos a la investigación, al ensayo-error, al trabajo cooperativo, a la toma de decisiones...para que puedan asumir sus responsabilidades y beneficiarse del campo de aprendizaje que se genera en la interacción.

Un control excesivo obstaculiza el aprendizaje y añade más presión a nuestro trabajo; relajémonos pues, no pensemos que todo depende exclusivamente de nuestra intervención y confiemos en las otras personas que están acompañando al alumno en su proceso de crecimiento, así como en sus propias posibilidades para acceder al conocimiento.

El **reconocimiento** a todos aquellos que nos han ayudado a ser lo que somos y a estar donde estamos.

A veces, llevados por una cierta arrogancia, creemos que nuestros logros en la vida son únicamente producto de nuestro esfuerzo pero, si miramos hacia atrás con calma, veremos que tenemos muchos motivos para agradecer a otros su contribución a nuestro desarrollo como personas y como profesionales.

En primer lugar estarían nuestros padres, que nos han pasado la vida que venía de nuestros abuelos, bisabuelos...Pensemos en la cantidad de generaciones que han posibilitado que nosotros estemos aquí. La fuerza nos viene de ellos, de nuestras raíces. Conocer y asentir a nuestra historia familiar, tal y como han sucedido los acontecimientos, aunque no haya sido fácil, nos sostiene, nos equilibra. En cambio reclamar constantemente a nuestros padres por lo que hicieron mal o deberían haber hecho, como un niño o un adolescente, generará una búsqueda incesante en los demás de aquello que creemos que nos falta o que no nos dieron y nunca estaremos en paz con nosotros mismos, porque nadie nos va a proporcionar lo que sólo existe en nuestra imaginación.

En un lugar especial estarían los maestros que tuvimos a lo largo de nuestra biografía académica. De todos hemos recibido algo, aunque seguramente recordaremos a algunos de una forma entrañable por su especial implicación. De estos últimos llevamos huellas que cada día reflejamos en el aula y nos hacen mejores personas y docentes más competentes.

Y también los autores de los libros que hemos leído, los directores de las películas que hemos visto, los compañeros de trabajo que hemos tenido, aquellos que “casualmente” se han cruzado en nuestro camino, nuestra pareja, nuestros amigos y hasta quienes nos han puesto obstáculos a lo largo de nuestra vida, porque nos han hecho pensar en otras posibilidades, en otros caminos con los que no contábamos.

La creación y fortalecimiento de vínculos entre los sujetos y entre los sistemas.

Aunque en algún momento de nuestra vida nos lo pueda parecer, no estamos solos. Todos, absolutamente todos, formamos parte de una enorme y compleja red y el menor movimiento que hagamos repercute en los demás.

Por el hecho de haber nacido en un sistema familiar estamos vinculados a él, pero a lo largo de nuestra existencia vamos estableciendo vínculos con otras personas y vamos formando parte de otros colectivos. La escuela no es ajena a todo esto porque en ella convergen diferentes individuos, con distintas funciones, pertenecientes a diversos sistemas y cada uno con una historia única. La aceptación y el respeto a esas historias facilitarán el fortalecimiento de esos vínculos entre todos los que interactuamos en la comunidad escolar y el éxito de las acciones que emprendamos al unir nuestras fuerzas y trabajar en la misma dirección.

Si los docentes caemos en el error de juzgar o menospreciar a los padres, creyéndonos superiores a ellos, perderemos su confianza y el alumno no aprenderá porque, si tiene que elegir, siempre va a ser fiel a su sistema familiar. Antes de acusar deberíamos preguntarnos: ¿Quiénes somos nosotros para hacerlo? ¿Qué conocimiento tenemos de las dificultades por las que ha atravesado esa familia y que la lleva a actuar como lo hace? ¿Va a favorecer mi intervención su confianza y el trabajo conjunto para ayudar a su hijo? ¿Cómo me sentiré después? ¿En paz? ¿Cómo se sentirán ellos?

Nuestra función debería ser tender puentes entre nosotros y las familias, entre nosotros y el alumnado y entre los propios alumnos, teniendo en cuenta que estamos al servicio de los padres, que son quienes nos confían la educación de sus hijos. Pero para ello sería bueno que previamente estableciésemos vínculos con nuestros propios compañeros, que trabajásemos en equipo compartiendo proyectos que nos ilusionen, porque unidos ganamos fuerza y separados el desgaste puede ser enorme.

La importancia del contexto: Ampliar la mirada.

Cada uno de nosotros percibe la realidad de manera distinta en función del contexto del que procede y de las imágenes que ha seleccionado para darle sentido. Por eso, un mismo hecho parece diferente según quien lo observa y existen tantas realidades como observadores.

Cuando somos capaces de distanciarnos y mirar las cosas con otra perspectiva, nos damos cuenta de que no es la realidad la que nos limita sino nuestra percepción de la misma y nuestras expectativas. Entonces aparecen otros hechos, otros personajes que nos hacen modificar nuestra visión inicial.

Si ante una situación conflictiva que nos plantea un alumno nuestra actitud es mirar, no al problema obsesivamente, sino a su sistema familiar, a su contexto y lo hacemos de manera fenomenológica (sin presuponer, ni juzgar; sólo dejando que la información que va surgiendo nos vaya calando), estaremos en mejor disposición para entender que es lo que le impulsa a actuar de ese modo y encaminarnos hacia la solución.

La aceptación de las circunstancias actuales.

La escuela que tenemos hoy es la de la diversidad, la multiculturalidad y, como apuntaba al principio de este artículo, la de la complejidad. En el centro conviven una gran variedad de familias, culturas, razas, lenguas, religiones y grupos sociales como nunca habíamos visto en nuestro país.

Si añadimos a esto que este fenómeno es relativamente reciente, se puede entender que a algunos docentes les desconcierte y lo vean como un problema, pero también podemos mirarlo desde el otro lado y aprovechar la enorme riqueza que supone esta situación, así como contemplar el peso que tienen las culturas de origen y sus lealtades en el hecho educativo.

Nuestros alumnos más pequeños, sin los condicionamientos y prejuicios que arrastramos los adultos, hacen de forma natural que la relación fluya con facilidad y logran una cohesión que a los mayores nos cuesta.

Lo mismo ocurre con la complejidad que se deriva de la coyuntura actual porque ¿no somos los padres y los maestros quienes nos sentimos abrumados por tener que adaptarnos a los cambios acaecidos en los últimos años? No intentemos simplificarles la realidad con el pretexto de que es difícil para ellos comprenderla; no lo necesitan. Simplemente estemos a su lado y proporcionémosles las situaciones y las herramientas que vayan necesitando y ellos solos lo harán.

El equilibrio entre lo emocional, lo social y lo cognitivo.

Aunque sabemos que los objetivos de la educación son conseguir el bienestar del alumnado (relacionado con la autoestima), consolidar los procesos de socialización y avanzar en el aprendizaje, las presiones dentro y fuera de la escuela hacen que se produzca un desequilibrio a favor del tercero y la mayoría de los esfuerzos estén encaminados a su consecución. Lo que ocurre es que los tres están conectados y si no se presta la suficiente atención a los dos primeros, si el aprendizaje se hace individual y descontextualizado, pierde sentido y el éxito es más difícil de alcanzar.

Hoy en día nadie pone en duda que existe una herencia genética que de alguna manera nos condiciona, pero desde hace algunos años está tomando cada vez más fuerza la idea de que existe también una herencia emocional por la que los hechos significativos, que acaecieron en esta o anteriores generaciones familiares, tienen un impacto sobre la vida del individuo aunque no los haya vivido directamente, incluso sin

tener conocimiento de ellos. Esto puede actuar como un lastre en nuestra existencia y ser la causa de desórdenes, bloqueos y conductas disruptivas en algunos de nuestros alumnos a las que no encontramos justificación. Un trabajo más profundo en las tutorías individuales y con las familias podrían ponerlos de manifiesto y entonces la solución se dará fácilmente.

En lo que se refiere al aspecto social de la educación vemos como el mundo contemporáneo ha favorecido el culto a lo individual en detrimento de lo colectivo. Constantemente oímos hablar de nuestros derechos, pero ¿qué ocurre con nuestras obligaciones? En el afán de facilitarles la vida y evitarles dificultades hemos conseguido que nuestros niños y jóvenes sean poco proclives al esfuerzo y a pensar en los demás, entonando mucho el “yo” y muy poco el “nosotros”. Se les ha colocado en un nivel similar al del adulto cuando todavía no lo son y esto, que supone un desorden jerárquico, nos está pasando factura.

Estos y otros problemas psicológicos, propios de países desarrollados, no existen en las sociedades tribales donde la comunidad es lo primero y los mayores poseen la autoridad. Por edad y por jerarquía nos corresponde a los adultos poner los límites y a los chicos ceñirse a ellos, porque si no la educación no va a ser posible. Esto no quiere decir que ellos no puedan tomar algunas decisiones; es bueno que lo hagan, pero otras son competencia nuestra y éstas son innegociables.

La resolución de conflictos, por otro lado, no se va a dar con el alumno sentado ante su ordenador, ni en el seno de la familia sino en la interacción con sus compañeros bajo la atenta mirada del docente. Nuestras intervenciones deberían ser las justas, huyendo de largos discursos y planteando cuestiones sobre la práctica que propicien la reflexión y la toma de decisiones en grupo porque, de todo lo que hagamos, ellos se van a quedar fundamentalmente con nuestra actitud. Por otra parte, si el adulto está siempre solucionando sus problemas ¿cómo van a aprender a resolver un conflicto cuando se les plantea?

Habría que recuperar el valor de las emociones y de lo social e integrarlos en los procesos de enseñanza-aprendizaje, reconocer como dijo Maturana que “no es la razón, sino la emoción lo que mueve el mundo”, que es la primera la que nos impulsa a actuar y que utilizamos la segunda para justificar nuestras acciones; que cuando lo emocional, lo social y lo cognitivo se funden, el éxito está asegurado.

¿Tenemos en cuenta estas cuestiones en nuestro trabajo diario?

Tomémonos tiempo para responder, reflexionemos individualmente y en grupo sobre cada uno de estos puntos, preguntémosnos qué hacemos y qué podemos hacer en relación con cada uno de ellos, profundicemos algo más en la Pedagogía Sistémica (esto sólo son unas pinceladas sobre un enfoque difícil de plasmar en unas pocas líneas) y abramos nuestra mente (y nuestro corazón) a nuevas posibilidades. Intentemos ponernos en los distintos papeles: padres, maestros, alumnos, inmigrantes, niños con dificultades y sus familias...cambieemos la lucha por una actitud de escucha. Si contemplamos estos aspectos, si nos implicamos y conseguimos hacer de nuestra tarea algo apasionante, seguramente lograremos cambiar:

- El individualismo por **el altruismo**
- Lo superficial por **lo profundo**
- El enfrentamiento por **la reconciliación**
- El olvido por **la memoria**
- El exceso por **lo necesario**
- La indiferencia por **el interés**

- La incomunicación por **la relación**
- La pasividad por **la acción**
- La desconsideración por **el respeto**
- El miedo por **la valentía**

Así, por medio del diálogo, trabajando unidos, aceptando nuestras limitaciones y asumiendo nuestra responsabilidad en la parcela de poder que nos corresponde, podemos ayudar a que se formen individuos que no sólo desarrollen capacidades que respondan a sus intereses particulares, sino también ciudadanos equilibrados, implicados en lo social y conscientes de su responsabilidad en la cooperación para conseguir mejorar el mundo que tenemos.

Quizá, después de todo, no sea malo que estemos atravesando esta crisis. En realidad, si lo miramos bien, es una oportunidad: las crisis son una ocasión para el cambio, para avanzar, para ampliar nuestros horizontes, para crecer en diversos ámbitos de nuestra vida, para elevar nuestro nivel de conciencia...si sabemos aprovecharlas y ahora tenemos esta posibilidad, que también es un reto, a nuestro alcance. Disfrutémosla.

Pedro Ballarín Gómez

Algunas sugerencias bibliográficas para saber un poco más:

- Monográficos de PEDAGOGÍA SISTÉMICA
Cuadernos de Pedagogía nº 360, septiembre 2006
Aula de Innovación Educativa nº 158, enero 2007
- LA PEDAGOGÍA SISTÉMICA: FUNDAMENTOS Y PRÁCTICA
Mercè Traveset, Graò
- SIN RAÍCES NO HAY ALAS Bertold Ulsamer, Herder
- SI SUPIERAN CUÁNTO LOS AMO Jirina Prekop y Bert Hellinger, Herder
- ERES UNO DE NOSOTROS Marianne Franke-Gricksch, Alma Lepik
- NIÑOS QUE HEREDAN EL DESTINO FAMILIAR Ingrid Dykstra, Integral